

del héroe modesto, que más que en el bronce se perpetuará en el espíritu de las generaciones venideras.

¡General Belgrano! en nombre de todos los que han concurrido á levantar tu estatua sobre su pedestal eterno, en nombre de los presentes que te aclaman en este momento desde el Plata hasta los Andes, en nombre de los venideros que se sucederán inclinándose con respeto y simpatía ante tu noble imagen, yo, tu humilde historiador y uno de tus hijos agradecidos, te saludo grande y padre de la patria como precursor de nuestra independencia, numen de la libertad, genio del bien, modelo de virtudes cívicas, vencedor de Salta, Tucumán y Las Piedras, vencido en Vilcapujio y Ayouma; ¡que vivirás en la memoria y el corazón de los hombres, mientras la bandera argentina no sea una nube que se lleve el viento, y mientras el nombre de nuestra patria, pronunciado por millones de ciudadanos libres haga estremecer las fibras de tu bronce!

LXI

DISCURSOS ELECTORALES

1

Á LA JUVENTUD SOBRE SU MISIÓN HISTÓRICA EN LA  
RENOVACIÓN DE LAS FUERZAS SOCIALES

Septiembre 30 de 1873.

Señores:—No tengo palabras con que agradecer personalmente esta nueva y generosa manifestación de mis ciudadanos, sobre todo, cuando la veo presidida por el núcleo de la juventud de Buenos Aires que constituye el Club Nacional, cuya presencia despierta en mi alma nobles recuerdos y grandes esperanzas, que fortalece mi fe en el porvenir que ha de realizarlas.

Habría sido, como lo ha dicho vuestro joven presidente, empequeñecer esta manifestación el darle el carácter de una adhesión individual en medio de la agitación electoral.

Sería exagerarla aceptándola como la expresión unánime del sentimiento de la República en medio de las opiniones que nos dividen.

Estamos en la época de la lucha y del trabajo, y todo tiene que animarse al soplo de las pasiones que nos agitan y de la vida que nos rodea.

No es la mano simpática de los contemporáneos la que viene á golpear la puerta del que se encerró en el hogar y se retiró definitivamente de la actividad de la vida pública, porque, gracias al Cielo, aun tengo alientos para

acompañar á mis conciudadanos en la tarea de todos los días.

No es tampoco la voz de los que vendrán después, á pronunciar un juicio imparcial y benévolo, cuando mis labios mudos no puedan dirigiros la palabra de amistad y simpatía que ahora os dirijo.

Esta manifestación es algo más y es algo menos que eso.

Es la unificación de un sentimiento en un propósito patriótico, que sin excluir el desprecio por la inmoralidad política y el odio por el crimen, sólo está animado del santo amor de los principios que son comunes á todos y han de salvar á todos.

Es la condensación de una idea, que se encarna en hombres y tiende á hacerse gobierno para hacer prácticas las libertades públicas y para que el gobierno del pueblo por el pueblo y para el pueblo sea una verdad constitucional.

Es la organización de una fuerza viva que se disciplina en el campo de la ley, para dar un punto de apoyo á las instituciones y una garantía al orden y la libertad.

Es la inauguración de una bandera, bajo cuyos anchos pliegues caben todos, así sus disidentes en la actualidad, como sus enemigos más adelante, porque ella simboliza el derecho para todos y el triunfo de la voluntad popular.

Es la exaltación de una generación nueva, inteligente y viril, que entra con paso resuelto y corazón valiente en el terreno de la vida pública, á ocupar el puesto que los tiempos le señalan y que los deberes del patriotismo le imponen.

Y ya que el Cielo me ha dado vida para asistir á este espectáculo, y fuerzas para sentirlo, séame permitido evocar algunos nobles recuerdos, que no dudo encontrarán eco en vuestros corazones jóvenes, haciéndolos latir á impulsos del más puro patriotismo.

Hace treinta y cinco años que asisto como actor al drama conmovedor y grandioso de la Revolución y de la regeneración argentina, y en el transcurso de dos generaciones he asistido á la renovación de las fuerzas que han concu-

rrido y concurren á la labor y la lucha, y que en este momento están en acción, obedeciendo al sentimiento, á la idea, á la ley, que les da movimiento y dirección.

En lejanas playas he conocido al general Las Heras, uno de los más gloriosos representantes de aquella generación que dió la independencia á la América del Sur, y recordando los heroicos días de su juventud siempre le vi animado de la esperanza de que la juventud de su patria no desmereciera del esfuerzo de sus mayores, y antes de cerrar sus ojos para siempre tuvo la satisfacción de ver realizada su esperanza.

He visto en el ostracismo á Rivadavia, estoico como un varón antiguo, sereno como la conciencia del justo, y hace cerca de diez y siete años (la edad que se necesita entre nosotros para vestir la túnica viril), que su apoteosis fué solemnizada por los niños de escuela que hoy son hombres y ciudadanos.

He presenciado aquel sublime alzamiento de nuestra historia contemporánea, en que el general Lavalle desplegó la enseña de la cruzada libertadora, para reconquistar desde una isla argentina la libertad perdida en el territorio de la patria, y he presenciado también el sacrificio generoso de aquella generación joven que respondió á su llamado, y fué consagrada por el martirio, enseñando cómo se triunfa muriendo después de regar con su sangre el suelo argentino desde Entre Ríos hasta Jujuy.

He servido bajo las órdenes austeras del general Paz, el único hombre que no tuvo en vida ninguna ovación popular, y que las nuevas generaciones educadas en su severa escuela condujeron en triunfo hasta el sepulcro.

Recuerdo por último á Florencio Varela, que con la alta prudencia de un anciano y el ardor de un joven, fué el vínculo de dos generaciones en la proscripción, y selló con su sangre generosa el linde que las separaba, para que se confundiesen en el porvenir en un solo amor y en un solo propósito.

Después, jóvenes y viejos hemos venido bajo la bandera termidoriana del general Urquiza, y hemos sepultado en

Caseros, en el polvo de la derrota, la bárbara tiranía que por el espacio de veinte años nos deshonró ante el mundo.

Disipadas las tinieblas de aquella noche de veinte años, vió la luz una generación nueva, nacida y criada en las tinieblas y que se creía corrompida bajo su influencia. Ella fué, sin embargo, el punto de apoyo de la nueva situación, el nervio del espíritu público, el alma de su guardia nacional, el aliento juvenil del pueblo de Buenos Aires, que se transmitió más tarde á toda la República y que educó con su ejemplo á los niños que debían reforzar nuestras falanges. Diez años después, en la víspera de Pavón, pude saludar con el fusil al hombro y prontos á marchar al combate, á los que diez años antes dormían en el seno de sus madres el sueño de la inocencia.

De entonces acá, la juventud ha estado en primera fila en la lucha y el trabajo. Ya tiene su historia, sus mártires y su representación en la vida pública. De su seno brotan cada día nuevas inteligencias que iluminarán el camino que las generaciones venideras tendrán que recorrer. Ella recibirá nuestra herencia, cuando todos los que la hemos precedido desaparezcamos sucesivamente de la escena pública, y por mi parte mi ambición estará llenada si por la última vez me tocase ser el vínculo de unión de las generaciones que se suceden en la labor y en la lucha en que estamos empeñados.

Mientras tanto, debo reivindicar para la juventud de mi patria, y especialmente para los jóvenes que desde su origen constituyen el Club Nacional, una gloria que es suya y que ha impreso su carácter á la lucha electoral, salvando el principio de la soberanía del pueblo, y con él la estabilidad de la nacionalidad argentina.

Hace algunos años que se hablaba y se trabajaba respecto de candidaturas para presidente de la República. Años hace, que ambiciones que considero legítimas en cuanto aspira á dirigir los altos destinos de la patria, se agitaban en las regiones sin horizonte y sin luz de las influencias oficiales, de las combinaciones personales y de las coaliciones de los partidos impotentes por sí mismos para triun-

far con su credo confesado y su bandera desplegada, sin que en ese espacio de tiempo hubiese sido consultada la voluntad del único interesado, del único de quien dependía la sanción del triunfo, que era el pueblo argentino. Ni una sola proclamación pública, ni una sola manifestación popular había ocurrido en toda la extensión de la República, cuando ya varios candidatos eran declarados por sus partidarios los elegidos del pueblo para presidir sus destinos.

Fué en tal momento que el Club Nacional de Buenos Aires inició hace seis meses su campaña electoral, enarbolando valientemente la bandera de la libertad del sufragio, honrándome con la candidatura que yo acepté en honor de ese principio, aun cuando no pensaba ni deseaba ser candidato en esa ocasión, como lo he manifestado ya.

El Club Nacional, compuesto de jóvenes de iniciativa, fiel á la verdad y lógico con los principios de la democracia, fué á buscar en el pueblo mismo la razón y la autoridad moral de los gobiernos, reivindicando los derechos del sufragio popular, protestando contra los medios oficiales y repudiándolos para sí, ejemplo moralizador que ha dado su temple cívico á la opinión de la República, que ha ennoblecido la lucha electoral y que hará más eficaz y fecundo al gobierno que nazca bajo tales auspicios.

Desde entonces todos acuden al pueblo para propiciar una candidatura, todos invocan la libertad del sufragio popular para legitimarla y hasta descienden de las altas regiones oficiales para hacerse pueblo, prometiendo gobernar por el pueblo y para el pueblo.

Esta es la gloria del Club Nacional y ésta es su gran victoria cívica asegurada ya, cualquiera que sea el resultado de la lucha electoral.

Yo no necesito conocer el nombre del que dentro de seis meses ha de ser proclamado presidente de la República en torno de las urnas electorales. Yo sé ya, que cualquiera que sea ese nombre, el vencedor será la verdadera mayoría del pueblo argentino, en nombre de su soberanía y armado del sufragio popular; y que este resultado se deberá á la valiente iniciativa del Club Nacional, que ha querido vincu-

lar á mi nombre el triunfo de un principio más bien que el triunfo de una candidatura.

Y cualquiera que sea el elegido á quien toque presidir por media docena de años más los destinos de nuestra patria, yo sé que el candidato de todas las edades, el que triunfa siempre por la ley del tiempo y gobierna por su fuerza irresistible de expansión, es el espíritu juvenil que marcha á vanguardia de las grandes y nobles causas, como la intrépida cabeza de columna que penetrará en los dominios del porvenir, cuando los candidatos del presente quedan rezagados á lo largo del camino que recorreremos.

Honor al Club Nacional de Buenos Aires y á la patriótica iniciativa de la juventud que lo compone. ¡Gloria al sufragio popular!

2

LA MORAL DEL SUFRAGIO LIBRE

Abril 16 de 1874.

Señores: Después de tantos años que vivo consagrado al servicio del pueblo, he sido objeto de tantas y tan generosas manifestaciones como éstas de parte del pueblo de mi nacimiento, que ya no tengo palabras con que agradecerlas.

Ahora me sucede sentir no tener voz bastante poderosa para hacerme oír de los millares de personas que en este momento me hacen el honor de venir á saludarme. Pero no importa. Lo poco que tengo que decir con labios de verdad y con la mano puesta sobre la conciencia, es una palabra que palpita en todos los corazones, que vibra en el aire y en la luz.

Siento no decirlo á la radiante luz del sol; pero como la verdad brilla aún en medio de las tinieblas, lo diré á

la incierta luz de las estrellas que coronan nuestro firmamento, como testigo de nuestras acciones y sentimientos.

Lo he dicho antes y lo repito ahora en alta voz. No había pensado, ni había deseado ser candidato para presidente de la República en esta ocasión. He aceptado sin embargo la candidatura en honor de la libertad del sufragio, sin la intención de disputar á nadie el poder. No porque crea que el honor de presidir los destinos de un pueblo grande ó no sea una ambición legítima que no deba confesarse públicamente, sino porque creía que debía este homenaje de respeto á la soberanía del pueblo argentino, á cuya inspiración libre y espontánea competía únicamente designar los candidatos.

Y puedo y debo decirlo, y pido á todos los que me oyen que lo repitan por todos los ámbitos de la República. Yo no he pedido á nadie un solo voto, no he escrito á nadie una carta, no he manifestado á ningún poderoso ni á ningún humilde el anhelo de ser presidente de la República.

Han pasado por Buenos Aires muchos gobernadores de provincia, que se decían dueños del voto de los pueblos, no sé si para ofrecerlo ó para recibir el homenaje de los pordioseros del poder. Yo puedo decir con toda humildad y con todo orgullo; con humildad por lo que á mí respecta; con orgullo como ciudadano argentino, independiente y libre: no he visitado á ninguno de esos gobernadores, y si me han hecho el honor de visitarme no les he hablado ni una sola palabra de elecciones, no me he sacado el sombrero ante ellos, como me lo quito delante de esta reunión popular y como me lo sacaré ante la soberanía del pueblo argentino el día del escrutinio, cualquiera que sea el resultado, seamos vencidos ó vencedores.

Y mientras yo, condenado á la inacción, no podía ayudarlos á hacer triunfar en los comicios públicos la libertad del sufragio, vosotros, sin gobernadores, sin bayonetas y sin comisarios de policía, sin apelar al fraude que es la confesión de la impotencia, y sin contar siquiera con un solo vigilante de policía, habéis triunfado cívicamente, habéis reivindicado la libertad del sufragio, habéis mostrado

que basta que la verdad triunfe en un solo punto para que se irradie como la luz, iluminando las nobles inteligencias y templando los corazones viriles.

Pero no sólo ha triunfado ese principio en el recinto de una ciudad, ó de una sola provincia: la verdad del sufragio ha triunfado en varias provincias á la vez. No sé si sus votos nos dan ó no la mayoría; pero aun cuando no contase sino con los de esta provincia, yo diría como aquél que decía que no estaba solo quien estaba con los romanos: No está solo quien está con el voto libre del pueblo de Buenos Aires.

Si á pesar de luchar solos, sin más fuerzas que las de la verdad y del derecho, triunfase la verdad del sufragio, yo me felicitaría con vosotros del triunfo, porque vería en este hecho la prueba de que el pueblo argentino tiene bastante virilidad para gobernarse á sí mismo y marchar con paso firme á los grandes destinos que la Providencia le reserva. Y si me tocara á mí ser el elegido del pueblo, yo aceptaría modestamente la tarea en nombre del principio triunfante, ante el cual debemos inclinarnos todos.

Pero debo declarar con la misma humildad y con el mismo orgullo, y en homenaje á vuestros nobles esfuerzos, que si yo creyera que en el fondo de la urna que me proclamase presidente de la República había un solo voto falso, declinaría el alto honor de presidir los destinos del pueblo argentino, porque el que busca ó acepta el gobierno de un pueblo libre por medios indignos, no es digno de gobernarlo.

El pueblo de Buenos Aires ha hecho triunfar no sólo la libertad del sufragio. Ha hecho algo más. Ha hecho triunfar la moral del sufragio libre, y éste es el laurel cívico con que puede coronarse cualquiera que sea el resultado definitivo de la lucha.

En cuanto á mí, me es grato asociarme con estos sentimientos á vuestra legítima satisfacción. Vencido con el pueblo ó vencedor con la opinión, mandando ú obediendo, os pertenezco como uno de tantos de los que llenan estas calles. Los grandes hombres de la tiranía ó de la democra-

cia, mueren como Napoleón, atados á una roca y devorados por su ambición, ó como Wáshington, en la majestad olímpica de Mount Vernon, porque fueron desarmados por el destino ó terminaron su grande tarea. Los jornaleros como yo, viven y mueren uncidos al yugo del trabajo, y caen á lo largo del camino cubiertos de polvo y de sudor como el último jornalero de la democracia.

Señores: No tengo más que deciros, sino felicitar al pueblo de Buenos Aires por el triunfo que ha alcanzado invocando la libertad y la pureza del sufragio, y felicitar lo mismo á todas las provincias que le han acompañado á tan gloriosa lucha, ¡cualquiera que sea la bandera electoral que hayan enarbolado!

3

LOS CANDIDATOS Y EL PUEBLO

Abril 19 de 1874.

Señores: Estamos en un momento de expectación solemne como si de la urna electoral hubiese de salir el fallo de nuestros destinos. En cuanto á mí, estoy tranquilo. Yo sé ya quién es el verdadero triunfador, y creo ser el intérprete fiel de todos al proclamar en alta voz quién será ese triunfador y quién debe serlo. (Aplausos y vivas.)

Todo puede ponerse en duda en este momento, todo, menos el sentimiento público del pueblo de Buenos Aires, y menos los grandes destinos que esperan á nuestra patria.

El pueblo de Buenos Aires ha expresado su sentimiento por medio del voto libre y espontáneo en los comicios públicos, y lo expresa en este momento al celebrar su triunfo pacífico. Quiere la nacionalidad que él ayudó á consolidar; quiere la paz fecunda del trabajo; quiere la unión de los pueblos hermanos sin antagonismo; quiere la libertad y la pureza del sufragio, y quiere sobre todo la verdad de la

República, por la práctica leal y sincera de las instituciones que nos rigen. (Aplausos.)

Esto quiere el pueblo de Buenos Aires, y esto es lo que triunfará.

Ahora, cualquiera que sea el nombre que salga de la urna electoral, y cualquiera que sea el hombre elegido para gobernarle, todos sabemos, que los destinos de la República Argentina en lo presente y lo futuro, no están simbolizados por un nombre; no dependen de la voluntad ni de la inteligencia de un hombre, y que al través de los tiempos está llamada á recorrer triunfante su camino, haciendo prevalecer los grandes principios de la democracia. (Vivas y aplausos.)

Si los candidatos cuyos nombres se han inscripto en las banderas electorales, desapareciesen de la escena de este mundo, si todos los que han tomado parte en esta lucha de opinión bajasen hoy al sepulcro, á todos nos asiste la fe de que lo único inmortal en medio de nuestras luchas, es el pueblo argentino, que se perpetuará en nuestros hijos, y que cuando todos desapareciesen renacería de nuestras cenizas. (Grandes aplausos.)

Con esta seguridad, con estos sentimientos, con esta fe robusta en el alma, yo os pido me acompañéis á dar un viva á todas las provincias del pueblo argentino, á todas sin excepción, desde Corrientes á Jujuy, desde los Andes hasta el Chaco, saludándolas y ofreciéndolas su concurso, así á las que nos han acompañado con el voto de la mayoría, como á las que en minoría han luchado con valor cívico en el terreno de la ley. (Aplausos.)

Señores: ¡Vivan las provincias unidas del Río de la Plata, verdaderamente unidas! y ¡viva Buenos Aires, su invencible cabeza de columna en las luchas de la libertad argentina! (Aplausos prolongados.)

LXII

MANIFIESTO REVOLUCIONARIO

Octubre de 1874.

Como hombre público de antecedentes conocidos, como candidato á la presidencia de la República en la última elección, y como ciudadano que tiene y acepta la responsabilidad moral para ante el pueblo, debo á mis conciudadanos una explicación de la actitud que deliberadamente asumo, en presencia de las circunstancias solemnes en que se encuentra el país.

Me ha de ser permitido recordar con este motivo á mis conciudadanos, que favorecido por la fortuna en nombre de la libertad y honrado por el voto libre y unánime de los pueblos, jamás usé de la victoria ni del poder sino en el interés del bien común. Que entregué el mando supremo en toda su plenitud al elegido por la mayoría, dejando á la Nación unida por la primera vez, en paz y libertad, triunfante en el exterior y próspera en el interior. Que retirado á la vida privada, sin ambición y sin rencores, solamente he abandonado mi retiro en los momentos de peligro, en que el pueblo y el gobierno han requerido mis consejos ó mis servicios, creyendo haber correspondido á su confianza en tales ocasiones. Y por último, que la sinceridad de mis palabras jamás fué puesta en duda, ni aun por mis enemigos.

Con estos antecedentes, no pensaba ni deseaba ser candidato á la presidencia de la República en el futuro período constitucional, como lo declaré cuando mi candidatura fué proclamada popularmente, hallándome ausente del país.

Acepté empero la candidatura en honor de la libertad del sufragio, que veía comprometida, aspirando únicamente al triunfo del voto popular. Asimismo me abstuve de toda participación directa ó indirecta en la lucha electoral, aceptando de antemano el fallo de la mayoría legal, cualquiera que él fuese.

No obstante los medios reprobados puestos en juego y la acción coercitiva de los gobiernos electores en las provincias; no obstante los fraudes inauditos y notorios cometidos con el concurso del poder oficial y las violencias de la fuerza pública, en los comicios, desautoricé y desarmé á los que, habiéndome honrado con sus sufragios, querían lanzarse al terreno de la acción, declarando públicamente en nombre del patriotismo: que la peor de las votaciones legales, valía más que la mejor revolución.

Esa declaración conciliadora, que era la aceptación del resultado ostensible de la elección presidencial con todos sus vicios, que aseguraba la paz del presente y del futuro, que fiaba la solución de todas las cuestiones á la acción pacífica de la opinión pública en el terreno de la Constitución, no fué aceptada.

Los que se decían vencedores aspiraban no sólo al triunfo inmediato sino también á su perpetuación en el mando por los mismos medios fraudulentos empleados por ellos durante la lucha electoral.

Consecuentes con este propósito los poderes públicos complotados se hicieron solidarios del fraude, excluyendo á los verdaderos representantes del pueblo, y aceptando en su lugar á los representantes de una falsificación inaudita, por nadie negada y por todos confesada. Los poderes falsos que privaban del derecho de sufragio á la mayoría de los ciudadanos fueron confirmados.

Desde ese momento el derecho de sufragio, fuente de toda razón y de todo poder en las democracias, quedó suprimido de hecho. La renovación de los poderes públicos se fió no ya á la acción tranquila del voto de las mayorías, sino al registro falso, al fraude electoral, á la fuerza de los gobiernos electorales complotados y á la eficacia de los

medios oficiales puestos al servicio de esta iniquidad erigida en sistema permanente de gobierno.

Esto era la anulación de la primordial de las libertades públicas, de que fluyen todas las demás; era la exclusión de una parte considerable del pueblo de toda participación directa ó indirecta en la cosa pública; era el entronizamiento de una oligarquía oficial, que ni mayoría era, compuesta de partidarios sin conciencia, que consideraban el poder como una propiedad exclusiva de ellos, y que declaraban lícitos todos los medios para conservarlos, aun á despecho de la voluntad popular.

Esto era el desconocimiento de los derechos nativos de los hombres reunidos en sociedad, la abrogación del sistema republicano, la violación de la Constitución en su parte fundamental, cerrándose de este modo por una provocación y una usurpación todas las vías legales para la solución pacífica de las cuestiones de interés común, sin esperanza siquiera de poder apelar al recurso de una mala elección legal.

Así fueron colocadas las cuestiones que debían resolverse por la opinión y por el voto en el terreno de los hechos, que sólo podían ser corregidos por estos hechos, haciendo imposible por otro medio la reivindicación de los derechos usurpados y de las libertades públicas suprimidas.

Desde este momento la Revolución, contenida hasta entonces por el patriotismo, tuvo su razón de ser y su bandera, y penetró hondamente en las conciencias sin que nadie se ocupase en conspirar.

Llamado, no sólo por los que habían sostenido mi candidatura, sino también por los que habían hecho oposición, á ponerme al frente de los trabajos revolucionarios, contesté negándome á ello; pero declarando al mismo tiempo que la revolución era un derecho, un deber y una necesidad, y que no ejecutarla con pocos ó con muchos, aunque no fuese más que para protestar varonilmente con las armas en la mano, sería un oprobio que probaría que éramos incapaces é indignos de guardar y de merecer las libertades perdidas. Declaré además que, producido el hecho, yo me

pondría al frente de la revolución en toda la República, para darle significado y cohesión nacional.

Una sola condición puse á esta aceptación, y fué que en ningún caso la revolución se haría para corregir la elección buena ó mala que se había efectuado, en el sentido de favorecer mi candidatura, que consideraba eliminada definitivamente, y que reivindicadas las libertades del pueblo argentino, me sería permitido declarar que mi vida pública había concluído para siempre.

Desde ese momento, los elementos que debían producir la revolución se condensaron espontáneamente. La revolución que estaba en las conciencias, fué un hecho irresistible, irrevocable. Todos lo sabían, y sólo lo ignoraban los poderes oficiales complotados con los partidistas, lo que muestra su aislamiento, y la fuerza de popularidad con que la revolución contaba.

El hecho se ha producido, y fiel á mis compromisos, á la voz imperiosa de mi conciencia y al cumplimiento de los deberes sagrados que me he impuesto, yo lo acepto y asumo la responsabilidad, declarando hoy como antes, que la revolución en las condiciones á que habíamos llegado era un derecho, un deber y una necesidad, deplorando que tan dolorosa extremidad se haya producido, de modo que los hechos y los poderes de hecho que son su emergencia sólo pueden ser corregidos por los hechos.

El pueblo, comprendiéndolo así, ha respondido al llamamiento anónimo de los primeros que levantaron valientemente las armas en nombre de la Constitución violada y los derechos conculcados. Hasta la mayor parte del ejército nacional, que se había elevado á la categoría de resorte gubernativo, y con que se contaba para oprimir al pueblo, ha puesto sus armas al servicio de la revolución. Y allí donde la revolución no se ha producido aún ella germina en todos los corazones, y su grito vibra en toda la República, en la guardia nacional, y hasta en las paredes de los calabozos llenos de presos por el delito de ser sospechados de amar la verdad de las instituciones, la libertad del su-

fragio y aspirar á la caída de los gobiernos electores y de los poderes de hecho, producto del fraude electoral.

En presencia de este gran movimiento de la opinión viril de mi país, debo declarar además, que si así como es poderoso y asegura el triunfo, él hubiera sido débil y aislado, yo lo hubiese aceptado igualmente con todas sus consecuencias, siquiera como protesta que salvase nuestra dignidad de pueblo libre, porque estoy resuelto á acompañar hasta el último que sostenga su bandera.

Si como tengo fe, el pueblo argentino reivindica en esta ocasión sus derechos usurpados, espero que mis conciudadanos me reconocerán el derecho de declarar que mi vida pública ha terminado para siempre, cumpliendo así la única condición que puse al autorizar la revolución con mi nombre y aceptar la responsabilidad ante propios y extraños.